

LA AMISTAD ENTRE CUBA Y MEXICO:

Martí y Mercado^(*)

Por EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.

AUNQUE reiteradamente se haya hablado y se hable, y no sin motivos, de "las naciones desunidas de la América Latina o Hispanoamérica", es indudable que por encima del aislamiento en que suelen vivir nuestros países, del desconocimiento que tienen unos de otros y de la no existencia de contactos o lazos de pueblo a pueblo, por sobre el artificio y la frialdad de las relaciones diplomáticas, palpita, intensificándose cada vez más en muchos de ellos, claro sentimiento de fraternidad, que se remonta a los días mismos de sus luchas independentistas, y se arraiga en la hora de ahora, a despecho de malsanas influencias externas o de la torpe o malvada indiferencia de politiqueros y desgobernantes.

Ayer vimos, en comprobación de esa espontánea y latente hermandad, prestarse, una y otra vez, nuestros pueblos sus hijos, en un común empeño de libertad y de justicia, a tal extremo, que es imposible encontrar en la que Martí llamó "Nuestra América", contienda emancipadora alguna en la que participen sola y exclusivamente los hijos del país, y, por el contrario, se registra en todos ellos la cooperación, para esos empeños, de los hijos de las demás patrias hispanoamericanas, en revelación elocuentísima de una conciencia general de solidaridad continental.

(*) Conferencia leída por el Historiador de la Ciudad de La Habana, Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, en el homenaje de la Ciudad de La Habana a don Manuel A. Mercado, celebrado en el Palacio Municipal el 21 de mayo de 1945.

Y ya lograda la separación de la metrópoli española, han estado unidos en crisis e infortunios, más aún que en triunfos y bienandanzas, los ciudadanos de nuestras repúblicas, especialmente los elementos genuinamente populares, en razón directa de su superación cultural, y las clases intelectuales y estudiantiles.

Y cuando ha brotado en alguno de nuestros pueblos la mala planta de dictaduras y despotismos, los pueblos vecinos han abierto sus puertas y dado albergue y proporcionado medios decorosos de vida a cuantos, con sed y hambre de justicia, han sufrido persecuciones de la tiranía.

La más trascendental diferencia que existe entre el viejo mundo europeo y el mundo nuevo americano es que nosotros llevamos andado ya, largamente, el camino que conduce a esa unión humana y civilizada de los hombres, sin distinción de malsanos nacionalismos, de razas "de librería", de fanatismos religiosos; que nosotros no conocemos, como ellos han padecido y padecen, los odios y las discordias inextinguibles entre pueblos, pues si en el mundo colombino han estallado guerras fratricidas por disputas de fronteras u otras naderías, engendros han sido del apetito desbordado de politicastos y negociantes o de intrigas procedentes de la otra América, al margen del sentir y pensar de los pueblos, siendo éstos únicamente víctimas de las perversas maquinaciones de quienes se arrogaban su representación.

Y es América, que no Europa, la cuna de esa aspiración por la que todavía, y hoy más que nunca, se clama en el mundo, la de una comunidad de naciones que mantenga la paz y la seguridad internacionales. Y fué Bolívar, el Gran Libertador, quien primeramente dió forma a la idea y la convirtió en realidad, y al que se debe también la celebración de la primera conferencia —el Congreso de Panamá de 1826— de naciones americanas. Y cábele la gloria de ser el fundador del arbitraje internacional. Y fué un cubano —José Calixto Bernal— el que concibió y plasmó, desde 1857, la organización de una Liga o Sociedad de las Naciones, no implantada hasta 1919, pero, como afirma Gustavo Gutiérrez, "con más buena fe, con mejor sentido" el proyecto de Bernal que el confeccionado aquel año en París.

A pesar de todas sus graves taras coloniales, palpita en nuestros pueblos el amor a la libertad y la innata rebeldía contra la opresión y la explotación. Y si aparecen con desgraciada frecuencia en el escenario americano los que a sí mismos se llaman "hombres providenciales", jamás han encontrado, como en Europa, pueblos rebaños, que los sigan totalmente, con ciego y repugnante servilismo, al igual que en la Italia fascista y la Alemania nazi, las que por espontánea voluntad no hubieran derribado a sus totalitarios opresores; del lado de acá, por el contrario, saben nuestros pueblos, parafraseando a Martí, ser bellos porque nunca se han conformado con servir "de cabalgadura al amo burlón", sino que están acostumbrados a desensillar, "de un vuelco altivo", al que se empeña en sojuzgarlos. Y de nuestros grupos humanos más hundidos y mantenidos por sus explotadores en ignorancia y en miseria —el indio y el negro— han brotado en nuestra América esos dos magníficos ejemplares de redentores de pueblos: Juárez y Maceo.

Honramos hoy la memoria, muy amada por los cubanos, de un hombre que es símbolo representativo de esa fraternidad hispanoamericana: don Manuel A. Mercado, hijo esclarecido de la gloriosa República Mexicana.

Muy antigua y muy honda es la solidaridad existente entre los pueblos de México y de Cuba.

Apenas afianza su propia independencia, los mexicanos se preocuparon por la suerte del pueblo cubano y pusieron mano a la obra de cooperar a su liberación. Ahí están los nombres, acreedores a la imborrable gratitud cubana, de Guadalupe Victoria y Antonio López de Santa Ana; fundador el primero de la *Gran Legión del Aguila Negra*, organizadora de una de nuestras primeras conspiraciones libertarias y que, como Presidente de la República, proclamó nuestra independencia y trató de enviar fuerzas a La Habana para lograrla, como también quiso hacerlo el segundo, que, Gobernador de Yucatán, ayudó decididamente a los patriotas cubanos, expresándoles en su proclama de Campeche, que "las grandes cadenas se rompen a grandes martillazos".

Dificultades internas e interposiciones anticubanas externas impidieron la realización de esos nobles propósitos.

Pero, posteriormente y durante todas nuestras luchas libertadoras, los mexicanos nos prestaron valor y ayuda. Fué México la primera de las repúblicas hispanoamericanas que durante la Guerra de los Diez años reconoció a la República de Cuba.

Tal hizo el Benemérito de América, Benito Juárez, al mismo tiempo que llevaba adelante sus contiendas reformistas. Y en ellas pudo disfrutar de la cooperación decidida y entusiasta de dos esclarecidos cubanos: Domingo de Goicuría y Pedro de Santacilia.

Goicuría, al paso de Juárez por Nueva Orleans, donde residía como exilado, le ofreció ayuda para su exaltación a la Presidencia de la República mexicana, celebrando al efecto un convenio y aprovisionándolo de vapores y armas. Y no conforme con ello, en otra embarcación de su propiedad, libró combate contra dos buques cargados de armas para el general Miramón, apresándolos y poniéndolos a la disposición de Juárez en Veracruz.

Las relaciones de Santacilia con Juárez fueron de tal modo íntimas que después de haber favorecido desde Norteamérica a los planes del eximio reformador, contribuyendo con su propaganda e iniciativas a la victoria del Plan de Ayutla, se dirigió a México, y allí se afincó hasta su muerte, fundando y dirigiendo diversos periódicos revolucionarios, colaborando en otros y desempeñando prominentes cargos. Siete veces fué diputado al Congreso Federal y figuró durante años como Secretario del Presidente Juárez, con el cual emparentó al casarse con su hija primogénita.

En la Guerra del 95 encontramos también los cubanos en México generosísimos defensores de nuestra libertad, y los patriotas mambises supieron ser agradecidos a sus hermanos mexicanos, firmando, en honor de México, a propuesta de Loynaz del Castillo, la Constitución de Jimaguayú, el día 16 de septiembre, fecha conmemorativa de la independencia mexicana.

Después y siempre, México y Cuba han intercambiado fraternalmente hombres e ideas, en una íntima compenetración hispanoamericana. Y del mismo modo que la tierra de Juárez ha sido en todo momento hospitalario refugio para los patriotas

cubanos perseguidos por la furia española o la tiranía criolla, la patria de Martí ha dado albergue y amparo a los hijos de México víctimas de la reacción.

Aunque el nombre de México ha sido unánimemente admirado en todo tiempo por los cubanos que aman la libertad y tienen plena conciencia de la misión constructiva que nos toca realizar en América, es Martí el cubano que mejor ha sabido ver, comprender y amar a la patria de Juárez.

Muchas son las páginas dedicadas por Martí a la justa glorificación del pueblo mexicano. El tiempo de que dispongo no me permite recordarlas todas, pero no puedo pasar por alto estas tres citas, recogidas al azar entre su copiosa producción mexicana.

En un discurso de 1891 saluda en México " a un pueblo que funde, en crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo! Saludemos, con las almas en pie, al pueblo ejemplar y prudente de América... la república que viene a ser en América como la levadura de la libertad; al pueblo ejemplar y prudente que, cuando pelea, pelea como si vaciara en sus hijos la lava de sus volcanes, y cuando ama, ama como ha de amar el clavel a la llamarada de la aurora"; discurso que termina con estas palabras: "Como los guerreros de manto y penacho de diversos climas se juntaban al pie del ahuehuate, a jurar su ley al árbitro imperial, las repúblicas agradecidas de América, con palmas invisibles y flores selladas con el corazón, se juntan alrededor de la bandera mexicana!"

En otro trabajo se refiere a México con desbordados cariño y admiración: "La tierra de México, noble y entusiasta, donde prende toda idea amorosa, donde arraiga todo extraordinario sentimiento".

Preocupado por el futuro de México, le advierte los peligros que por el Norte le amenazan, y sufre mortal congoja ante el temor de que pueda flaquear algún día el ánimo viril de su pueblo: "¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tu

te ordenarás, tu entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego velas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, ve que un gusano le come a la madre las entrañas".

Es tan alto el concepto y tan precisa la comprensión que tiene Martí de México y del papel trascendente que en "su América" ha desempeñado y debe desempeñar, que cuando saluda, en memorable discurso, a los delegados que asistieron a la Primera Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington el año 1889, y establece un paralelo entre las dos Américas, la anglosajona y la hispana, escoge a Juárez —según tuve el honor de recordar en el discurso de inauguración de su monumento en nuestra Plaza de la Fraternidad Americana— como singular figura representativa de la que él amorosamente considera "Madre América", y la llama también "la América en que nació Juárez". ¿Por qué esta preferencia por sobre otros preclaros libertadores y fundadores hispano-americanos? Ya nos lo dejó explicado en estas palabras escritas en 1884: "Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente; y se rompieron las olas, y no se movió Juárez"; y Martí ve en Juárez "el guardián impenetrable de la América", como él lo es también.

Ese amor y gratitud que tiene Martí a México, ese conocimiento y comprensión de sus problemas y sus hombres y de su misión continental, se los debe en buena parte a don Manuel A. Mercado.

Desde que llegó Martí a México, en febrero del año 1875, y Pedro Santacilia lo puso en contacto con lo más representativo de la sociedad mexicana de la época, —gobernantes, políticos, escritores, artistas— sobre él se proyectó, como dice José de J. Núñez y Domínguez en su admirable libro *Martí en México*, "la sombra benévola de su fraternal camarada, inseparable compañero y desinteresado protector, el licenciado don Manuel A. Mercado".

Inmediata a las pequeñas habitaciones donde vivían los familiares de Martí, se hallaba la casa de don Manuel A. Mercado. La vecindad ha convertido en amigas a la familia de éste y la de don Mariano y doña Leonor. Martí quiso y admiró bien pronto al nuevo amigo que su suerte le había deparado. Era éste personalidad de relevante prestigio político y social, Secretario del Gobierno del Distrito Federal, y exdiputado al Congreso. Con gran predicamento entre los hombres de letras, Mercado logró el ingreso de Martí en la *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*, identificada con el gobierno progresista del presidente Sebastián Lerdo de Tejada, y se convirtió, al decir de Juan de Dios Peza, "en el amigo más íntimo y mejor de Martí, durante su larga permanencia entre nosotros, y Martí supo corresponder a este afecto identificándose con su amigo hasta en los asuntos políticos".

Ese "hasta" que escribe Peza, no me parece muy apropiado, porque es la verdad que las ideas políticas de Mercado y su significación descollante en el Gobierno de Lerdo de Tejada fueron un motivo más para la identificación amistosa entre Mercado y Martí.

En aquellos tiempos el pueblo de México, según una frase de Martí, "estaba amasándose con la sangre de sus heridas"; heridas abiertas por la intervención francesa y el régimen del Emperador Maximiliano, favorecidos ambos por los elementos ultrareaccionarios. El Partido Liberal se hallaba empeñado en afianzar desde el poder las conquistas revolucionarias, hostilizado por el Partido Conservador, que no vacilaba en echar mano de toda clase de procedimientos, aun los más atentatorios a la propia vida de la nación.

No podía Martí, —y lo revela reiteradamente en los *Boletines* que con la firma de Orestes aparecían en la *Revista Universal*— desligarse de los gravísimos problemas políticos que confrontaba México, y adoptó la lógica postura de defensor del liberal y progresista gobierno de Lerdo de Tejada y anatematizador de los desafueros de los conservadores reaccionarios. De modo que, sin esfuerzo alguno, y no por gratitud o cortesía, sino por natural impulso de sus sentimientos, sus ideas y principios, Martí puso su pluma al servicio de la causa de libertad,

de cultura y democracia de los liberales mexicanos, sin que ello significara militancia partidarista personal sino consagrándose tan sólo al estudio y crítica de los trascendentales problemas, mexicanos y americanos, que allí se estaban debatiendo.

Y por su desinteresada actitud, gozaba de mayor serenidad e imparcialidad para enjuiciar la mortal pelea que libraba la reacción contra el liberalismo.

Y Martí quiso más a Mercado y más lo admiró, precisamente, por hallarlo luchando a la vanguardia de una causa buena, de la misma causa de la que Juárez fué paladín excelso.

La caldeada atmósfera política, agudizada por la campaña reeleccionista del presidente Lerdo de Tejada, no había tenido repercusiones perjudiciales a la vida literaria de la capital, aunque, según frases de don Ignacio Manuel Altamirano, "todos los espíritus estaban bajo la influencia de las preocupaciones políticas y apenas había familia o individuo que no participase de la conmoción que agitaba a la nación entera".

Martí se dió de lleno al periodismo y a las letras. Su pluma, dice Núñez y Domínguez, "llenaba la *Revista Universal* y en breve tiempo se hizo indispensable y el más querido de todos los redactores"; lo que Peza confirma, afirmando que "era infatigable para escribir. Nosotros le hemos visto en una redacción escribir el editorial, el boletín, las variedades y las gacetillas de un periódico, en un sólo día, sin manifestarse cansado y sintiéndose dispuesto a continuar sus trabajos".

Y aún le queda tiempo para intervenir en discusiones literarias, artísticas y filosóficas; para escribir el proverbio en un acto, *Amor con amor se paga*, que es representado con clamoroso éxito en el Teatro Principal, el 19 de diciembre de 1875, por los primeros actores Enrique Guasp y Concepción Padilla; para traducir del francés *Mes fils*, de Víctor Hugo.

Recibe los zarpaos de la crítica envidiosa y malsana. Ter-giversando sus ataques al proteccionismo, *El Monitor Republicano*, para zaherir al cubano, le dice: "De todo podrá el señor Martí dar lecciones a los mexicanos, menos de patriotismo". Aunque adolorido por la injusticia, Martí se limita a aclarar que se ha referido en general al patriotismo "de los proteccionistas; no de los proteccionistas mexicanos"; agregando: "No

se duda en esas frases del patriotismo de México, que el que escribe encomiaría, si fuera digno lisonjear al país en que se vive. Se dice que el proteccionismo no es patriótico, no porque los proteccionistas no amen a su patria, sino porque no la aman de una manera económicamente útil".

Es nombrado socio del *Liceo Hidalgo*, donde se da a conocer como orador; se le invita por las agrupaciones literarias y artísticas para participar en sus fiestas; los trabajadores de Chihuahua lo nombran su representante en un Congreso de Obreros que se celebró en la capital; el Gobierno solicita de él discursos y recitación de sus poesías en actos cívicos...

En todas estas actividades, Mercado es siempre para Martí el consejero y confidente, el fraternal amigo. "Diariamente —dice Núñez y Domínguez— hacía tertulia con su íntimo camarada el licenciado don Manuel A. Mercado, cuya familia era como la de él mismo. Allí encontraba el emigrado cubano afecto sincero y calor hogareño. Charlaban de mil y mil cosas, y en esas conversaciones tomaba parte muy principal el pintor Manuel Ocaranza, coterráneo del licenciado Mercado y también camarada suyo, que vivía a su lado y se entregaba a pintar con entusiasmo. Mercado, el artista del pincel y Martí, formaban un terceto brioso y soñador".

Y agrega el biógrafo mexicano de Martí que "a tal grado llegó esta intimidad, que habiéndose marchado la familia de Martí para Cuba, el poeta de *Versos Sencillos* fué a vivir a la casa del licenciado Mercado, en donde más que un huésped era un familiar y así se le consideraba por todos".

De sus amores y sus cuitas familiares, de sus ideales patrióticos, de sus anhelos libertarios, era Mercado el primero y a veces el único en conocer.

Al ser derrocado el gobierno de Lerdo de Tejada por el movimiento reaccionario de Porfirio Díaz, Martí, no pudiendo transigir con el nuevo orden de cosas, fiel a sus amigos liberales ahora en desgracia, permaneció algún tiempo todavía en la Capital, no sin haber tenido que ocultarse, "para esperar que pasaran las primeras exaltaciones de los vencedores". Estamos a fines de 1876. El 29 de diciembre abandona su tan querida tierra mexicana, rumbo a Cuba, con el nombre de Julián

Pérez. Regresa de nuevo a México en febrero, para dirigirse a Guatemala, y el 16 de diciembre de 1877 lo encontramos en México. ¿Motivo de este viaje? El contraer matrimonio con la señorita Carmen Zayas Bazán, perteneciente a una de las muchas familias de emigrados cubanos que a la llegada de Martí a México vivían en la capital, y de la cual se enamoró rendidamente, dándole palabra de matrimonio.

Años más tarde, en julio de 1894, y en plena labor revolucionaria, preparatoria de la guerra de independencia, Martí hace un rápido viaje a México para entrevistarse con el presidente Porfirio Díaz.

Cuenta Núñez y Domínguez, que, después de celebrada esa entrevista, y dispuesto ya a partir, "sus amigos de México intentaban disuadirlo de sus firmes propósitos de lanzarse a la lucha armada. El más afligido de todos era don Justo Sierra, quien se despidió de Martí en la librería de Bouret, de la calle del 5 de mayo, en donde tarde a tarde se formaba una tertulia de literatos, presidida por el propio don Justo. La escena de la despedida la refiere don Raúl Mille, que fué gerente de la conocida librería citada, en los siguientes términos: "Todavía veo a Martí dando un último abrazo a don Justo, en la puerta de la librería, antes de ir a hacerse matar por la independencia de su país. No puedo pasar cerca de la estatua de este héroe, en La Habana, sin revivir en mi memoria aquel gesto".

Y el insigne poeta Luis G. Urbina, "amado entrañablemente por don Justo Sierra", que fué habitual contertulio de Martí en 1894, durante sus días mexicanos, refiere que Sierra, Gutiérrez Nájera y él, con Manuel Mercado y Peón Contreras, lo veían todas las tardes los paseos a Chapultepec; precisa que "nos apasionábamos por la revolución cubana los jóvenes de aquel tiempo", y recuerda emocionado como recibió de Justo Sierra la noticia de la muerte de Martí:

"Un día de mayo de 1895, Justo Sierra —mi padre, mi maestro, mi guía, ya sólo vivo, en el recuerdo de los que le amamos—, vino a buscarme a mi oficina ministerial. Se sentó junto a mí; sacó del bolsillo de su jaquet un pliego pequeño, y apoyando los brazos en la mesa donde yo arreglaba expedientes de obras públicas, me leyó un soneto. Acababa de

componerlo, el pulso trémulo y la mirada turbia. Mi maestro era un niño para sentir. Cuando concluyó la lectura nos quedamos silenciosos y pensativos. La cabeza olímpica y blanca de Justo Sierra permanecía inclinada, como mirando el papel, pero absorta en quién sabe qué lejanas contemplaciones. El soneto era una elegía a Martí, cuya muerte en medio del combate, nos acaba de anunciar brevemente, el cable. Aún sueñan en mi memoria los versos:

... En la lira de América, pondremos
tu cadáver, así lo llevaremos
en nuestros propios hombros a la Historia.

Siempre estuvo vivo en Martí el fervoroso cariño y la intensa gratitud a Manuel A. Mercado.

Pruebas reveladoras de ello las encontramos en la dedicatoria de su retrato, antes de abandonar la ciudad de México: "A Manuel Mercado, espíritu completo, su hermano agradecido, José Martí".

En su poema *María*, escrito en enero del siguiente año, 1877, al hablar de la amistad, dice así, pensando en Mercado:

¡Con qué bello atavío,
Andando lentamente,
Viene el recuerdo a mi tranquila frente,
refrescante y sutil como el rocío!
¡Perenne, dulce gloria!
¡La nobleza del hombre es la memoria!
Ya plácido recuerdo
La tarde en que al amigo mexicano
Mi amor conté, por donde el campo verde
Al alma invita a este placer de hermano;
Ya en la férvida noche de agonía
En que la dije adiós, piense el amigo
Que me dejó a la puerta de mi casa,
Y en fuerte abrazo sollozó conmigo
El fiero mal de la fortuna escasa..."

Cuando publica, en 1891, en Nueva York, sus *Versos Sencillos*, dedica el libro: "A Manuel Mercado, de México; a Enrique Estrázulas, del Uruguay".

En varias de estas composiciones hace alusión Martí a la amistad de Mercado:

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.

.....
Cultivo una rosa blanca,
En Julio como en Enero,
Para el amigo sincero
Que me da su mano franca.
Y para el cruel que me arranca
El corazón con que vivo,
Cardo ni oruga cultivo;
Cultivo la rosa blanca.

.....
Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo;
Yo tengo más que el leopardo,
Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
La múshma en su cojinete
De arce del Japón: yo digo:
"No hay cojín como un amigo".

Tiene el conde su abolengo,
Tiene la aurora el mendigo:
Tiene ala el ave: ¡yo tengo
Allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
Un jardín con una fuente,
Y un tesoro en oro y trigo:
Tengo más, tengo un amigo.

Pero el máximo testimonio de la veneración que Martí sentía por Mercado, de la gratitud que hacia él guardaba y el concepto elevadísimo que le merecía, lo tenemos en la carta que

en el campamento de Dos Ríos comenzó a escribir el 18 de mayo de 1895, víspera de su ascensión a la inmortalidad como apóstol y mártir de las libertades cubanas y americanas.

En esa carta, interrumpida posiblemente por la llegada del general Masó al campamento, confiesa al amigo querido e inolvidable, al que escoge para esta confidencia por sobre todos sus otros amigos, los más íntimos sentimientos de su corazón y le da a conocer la trascendente proyección americanista de toda su obra político-revolucionaria.

Su primer párrafo dice así:

"Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin".

Le da cuenta inmediatamente de las gravísimas preocupaciones que le asaltan sobre el futuro de Cuba, en los precisos momentos en que se inicia la lucha final por la independencia; su temor de que se frustren los empeños libertadores, "por la anexión de los imperialistas de allá y de los españoles", y de que hasta peligre la vida misma independiente de México y de toda Hispanoamérica.

Le descubre el carácter internacionalista y antimperialista que en realidad tiene la revolución cubana:

"Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás

la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana".

Le habla de su confianza en el auxilio mexicano:

"Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, —o yo se lo hallaré.— Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar".

Le cuenta las peripecias de su viaje a Cuba con Máximo Gómez.

Los últimos párrafos que escribió Martí, son confidencias de amigo a amigo:

"Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Ud. lo enorgullece.

"Ya sé sus regañones, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerlo escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena el día!

"Hay afectos de tan delicada honestidad..."

Como parte de la campaña que ha venido librando la Oficina del Historiador de la Ciudad, en glorificación de grandes figuras americanas y españolas, sobresalientes por su amor a Cuba y a los cubanos y su identificación con nuestros empeños libertadores o su cooperación a la causa de la cultura de nuestro país, no podía La Habana dejar de honrar al insigne mexicano Manuel A. Mercado; y al efecto, en unión de mi fraternal amigo y compañero de labores culturales y cívicas, José Luciano Franco, logramos en 1939 que el entonces alcalde de La Habana, Dr. Antonio Beruff Mendieta, acordase colocar en el Palacio Municipal un retrato de Mercado, que con ese fin

pintó el muy notable artista Enrique Caravia. Concebimos también que el hijo de don Manuel, don Alfonso Mercado, que tanta devoción había demostrado sentir por Martí al conservar celosamente las cartas que éste escribiera a su padre, asistiese, como invitado de honor al acto inaugural de ese homenaje rendido al gran amigo de nuestro Apóstol.

De esta misión encomendamos a otro martiano fervoroso, el licenciado don Juan Pérez Abreu, que en México, su patria, y en Cuba, donde residió largos años, había hecho un culto de su amor a Martí y era entusiasta divulgador de su vida y su obra a través de sus escritos y conferencias y de los Grupos Infantiles José Martí que creó en la ciudad de Remedios.

Don Alfonso Mercado aceptó la invitación que a nombre del Alcalde le hizo el licenciado Pérez Abreu, según lo revelan los siguientes párrafos de la carta que éste recibió en 13 de julio de 1939.

"Con vivísimo interés leí la carta que con fecha 22 de febrero del corriente año dirigió a usted el Sr. Alcalde de La Habana, en la que le expone el proyecto que tiene de colocar en la Galería de hispanoamericanos ilustres el retrato de Manuel A. Mercado, y, para llevar a cabo esa idea dándole especial significación con el hecho de que sea yo quien devele el retrato, ruega a usted que se acerque a mí e inquiete si llegada la ocasión estaré dispuesto a trasladarme a dicha ciudad.

Es tan honorífico el pensamiento y entraña un impulso de tal manera noble y elevado que sabiéndolo comprender y por mucho que sé agradecerlo, mi agradecimiento quedará siempre abajo de lo que ese pensamiento vale.

Los conceptos del señor Alcalde respecto de mi padre comprometen más todavía mi gratitud, hasta el punto de que no sabría yo expresar nada digno de ellos, ni digno sobre todo de los dos hombres que en esos conceptos están unidos forzadamente: Martí y mi padre. Ojalá que pueda yo tener alguna vez la satisfacción de manifestar personalmente y mejor que ahora al señor Alcalde cuánta emoción y reconocimiento nos han causado a mí y a mis hermanos sus expresiones.

Mucho me enseñó Martí cuando de muchacho tuve el bien inapreciable de haber estado prendido a sus labios y a sus

actos en la vida corta que pasó en mi casa, pero no le aprendí lo bastante para poder hablar de él en forma que correspondiera siquiera un poco a su inmensa personalidad. Para decir algo de él, hoy que otros han sabido hacerlo tan bien, necesitaría yo algo de la grandeza de aquella alma. Pero sí estoy bien penetrado del tamaño incomparable del hombre y de la singular amistad que tuvo con mi padre. Fué tan profundo y tan bien cimentado el afecto que uno a otro se tuvieron; se comprendieron tan totalmente, que resulta lleno de acierto el propósito de realizar un acto que celebre esa amistad.

Si mi padre hubiera tenido los poderes necesarios para que la ayuda de México hubiera decidido la libertad de Cuba, habría dado plena e inmediatamente esa ayuda, y si lo habría hecho de todos modos por amor a Cuba, mayores impulsos habría puesto como puso muchos para ello, por satisfacer el alma de Martí, por hacer que éste realizara el ideal por el que, más que vivía, moría.

Es justo, pues, que en Cuba haya testimonios del vínculo de amistad que hubo entre ellos.

De ahí que la honra que me hace el señor Alcalde me satisface profundamente y me obliga porque, aunque despojado de todo valimiento, no puedo ni debo eludir un deber que por hijo de Manuel A. Mercado y por haber sido objeto de particular atención de don José Martí, recae de un modo natural en mí.

Así, pues, mi querido amigo, aceptaré de todo corazón la invitación, y por tanto, si el momento en que hubiere de realizarse el acto coincidiera con mi posibilidad, dadas mis cadenas de trabajo, de familia y de salud, iré lleno de entusiasmo y de reverencia a rendir un homenaje a Cuba y a dos hombres a quienes nadie puede estar más obligado que yo para tributarles respeto, amor e inmensa admiración".

Ocupaciones y enfermedades de don Alfonso Mercado fueron desde entonces demorando su visita a La Habana. Además, había tomado la resolución de entregar a Cuba, cuando aquélla se realizase, las cartas de Martí a su padre que conservaba como preciado tesoro, con el amor que se tiene por las cosas sagradas; pero no quería que fuesen divulgadas, has-

ta que no cumpliera lo que estimaba un deber de hijo y de mexicano: que en México fueran editadas.

Pasaron los años, y a comienzos del presente, me trajo el licenciado Pérez Abreu la gratísima nueva de que ya estaba resuelta la impresión de esas cartas por la Universidad Autónoma de México. Mercado podía, por tanto, venir a La Habana al acto del develamiento del retrato de su padre.

El Alcalde Dr. Raúl G. Menocal que ha sabido — rara virtud entre los gobernantes criollos — continuar toda obra buena de sus antecesores, apenas enterado, prestó su más amplio y franco apoyo a ese homenaje a don Manuel A. Mercado, y dirigió cordialísima invitación a don Alfonso Mercado, para que, como huésped de honor de la Ciudad, la visitase, en unión de su sobrino, fervoroso martiano también, el Lcdo. don Nicolás Pizarro Suárez y Mercado.

Señalado el homenaje para el 28 de enero, hubo necesidad de suspenderlo por el delicado estado de salud de don Alfonso. Y al fin, con sus 69 años a cuestas, tomó el avión, y desde el día 16 tiene La Habana el altísimo honor de que en ella se encuentre este mexicano ilustre que tuvo la gloria de conocer a Martí y de que Martí fuese amigo fraternal de su padre.

Con don Alfonso y su señor sobrino deseábamos que viniera también el licenciado Juan Pérez Abreu y así le instamos reiteradamente. Vean ustedes su delicadísima excusa expresada en carta que me entregó, al llegar a La Habana, don Alfonso Mercado:

"Le he explicado al señor Mercado la razón por la cual no lo acompaño. Habiendo intervenido yo con usted de manera muy principal en el viaje de los señores Mercado y escrito a muchos amigos con el fin de que les dispensen la mejor acogida, no me parece delicado que, por mis excelentes relaciones en esa ciudad, vaya con ellos a recibir honores que solamente a la familia Mercado corresponden. Mi viaje, en estas circunstancias, no sería muy martiano.

"Don Alfonso y su señor sobrino deben ser los que en nombre de toda la familia Mercado reciban las atenciones debidas de esa ciudad".

Pero anheloso de unirse espiritualmente a este homenaje a Martí y a Mercado, me envió además el siguiente cable:

"Desde la altiplanicie mexicana, al amparo del volcán Ajusco, en cuya cumbre quiso tener su hogar Martí, adhírome conmovido al homenaje que el Ayuntamiento de La Habana rinde a Martí y a Mercado al homaño de Cuba y al ejemplar ciudadano mexicano en el cincuentenario de la aleccionadora muerte del Apóstol. Mañana celébranse cuatro actos públicos aquí y cinco en provincias. — Juan Pérez Abreu".

El retrato que hoy develamos y ha de conservarse en sitio de honor del Palacio Municipal habanero, es ofrenda devotísima a la memoria, inolvidable para los cubanos, de don Manuel Mercado y perenne testimonio de nuestra gratitud por la fervorosa amistad que profesó a nuestro apóstol. Y las cartas de éste que don Alfonso Mercado ha de donar dentro de breves momentos a Cuba, dejándolas en depósito en el Archivo Histórico Municipal habanero, constituyen tesoro inapreciable que sabremos guardar por lo que ellas en sí representan como reliquias valiosísimas de Martí y por todo lo que han significado para aquel ilustre mexicano a quien fueron escritas y para este otro insigne mexicano que tan amorosamente las supo conservar.

No hace mucho, el ilustre Embajador de México licenciado don José Angel Ceniceros, en elocuentísimo discurso pronunciado en esta capital, analizando la gran vinculación siempre existente entre nuestros dos países vecinos y hermanos, expresó que "nada tiene de extraña la forma en que han evolucionado las relaciones entre Cuba y México, porque es análoga su trayectoria histórica, ya que en ambos países existe el mismo fermento, la misma levadura de libertad, que es el alma de la actuación histórica".

Amigos: que los manes gloriosos de Martí y Mercado hayan cada día más fuertes y estrechos esos lazos fraternales entre las patrias de quienes fueron en vida fraternales amigos, y que esa entrañable vinculación signifique que en ambos países se ha mantenido con igual ardor y firmeza la devoción a la libertad y la democracia, raíz de nuestra historia y de nuestra amistad, y sin la cual ya no sería Cuba la patria de Martí ni México la patria de Mercado.

Martí, Nuestro Maestro (*)

Por ALFONSO MERCADO

SE amontonan de tal modo tantas impresiones y pensamientos en mi ánimo con motivo de este acto en que la imagen de mi padre queda descubierta en este lugar respetable y de tanta significación pública, que realmente me siento cohibido para expresarme en forma digna de la ceremonia a que asistimos. Necesito, pues, de toda la benevolencia de ustedes, y la suplico y la espero.

Soy un apasionado de don José Martí. He creído siempre y pensado que él es el hombre más eminente de toda América, y no tengo en cuenta el resto del mundo en donde también lo considero uno de los más grandes.

Pues bien, el hecho de que él haya sido el gran amigo de mi padre; que lo haya querido entrañablemente; que lo haya ensalzado hasta lo más; que lo haya respetado y que haya pedido siempre su consejo, siendo que él, Martí, podía aconsejar sabiamente a todo el mundo; ha sido en nuestra vida, de mis hermanos y mía, un orgullo que sólo tenía uno superior: el ser hijos del que fué su gran amigo.

Comprenderéis, pues, la profunda emoción y la satisfacción con que yo personalmente y a nombre de mi familia y de mi patria recibo la honra de que en Cuba y por el pueblo de Cuba, representado aquí tan dignamente, se haga la alta distinción de colocar el retrato de mi padre en esta sala, a título, el mejor, el más elevado de todos los títulos, de ser amigo del apóstol Martí.

Dije antes que soy un apasionado de José Martí. ¿Cómo no he de serlo si vivo con la influencia palpitante de su ser, con la honda y perdurable impresión que dejó en todos nosotros cuando vivió a nuestra lado?

(*) Palabras leídas por Don Alfonso Mercado en el acto del develamiento del retrato de su padre, Don Manuel A. Mercado, celebrado en el Palacio Municipal el 21 de mayo de 1945.

Su vida en mi casa fué para nosotros algo inolvidable, un deslumbramiento que se operaba en nuestro espíritu y en nuestro corazón al influjo de su palabra, de sus enseñanzas, de su ejemplo constante. Martí fué para cada uno de nosotros un maestro, no sólo por lo que le aprendíamos al oírle, al eludir, a la hora de la mesa principalmente, sino por lo que individualmente nos enseñaba: investigaba lo que sabíamos, y entonces, a propósito de nuestro pequeño saber, nos daba, a uno una lección de historia, ¡y de historia de México!; a otro una indicación para mejorar el estudio de un idioma extranjero; a mi hermano mayor, ya estudiante de leyes, le hacía explicaciones profundas sobre cuestiones de Derecho. Para mis hermanas, siempre escogía temas delicados. Con él fuimos, en caravana de familia, a visitar museos y templos, y como sabía de ellos, no sólo más que nosotros sino que muchos mexicanos, sobre cada objeto, cada cuadro, nos ilustraba y resultaba una inolvidable lección.

Han pasado muchos años, y su influencia subsiste, sobre todo porque como hombre de gran corazón, creó en nosotros un cariño entrañable que es vivo hasta el momento presente.

Después, con el conocimiento de todos los actos de su vida, con el estudio de sus obras escritas, la figura se ha agrandado hasta el más alto grado en nuestro ánimo.

Pues si porque esa magna figura cubana fué el gran amigo de mi padre, y si porque éste lo fué de él, es por lo que se da sitio tan honorífico a la imagen de mi padre en este recinto de la patria de Martí, mi familia y yo recibimos esta dedicación como la herencia más honrosa que por conducto de este bien querido país hayamos podido recibir de esos dos venerados hombres.